

¿qué me importa á mí lo que ella llegará á ser?  
¡ Como si fuese yo algún colegial!

## III.

El señor Bruand era conde. La posesión del castillo de Bruand, situado á tres leguas de Cosmen-Cosnois, le pertenecía todavía. Su abuelo no había emigrado. Había servido á la República, como Custine, como Biron, y se había hecho matar á la cabeza de los cazadores de Lecourbe en Hohenlinden. Su hijo, el padre de León, educado en el castillo de Bruand por un profesor de bastante edad, había crecido libre, corriendo por el bosque, vestido como uno de sus criados, montando á caballo, cazando y pescando, haciendo, en fin, desde la infancia, la vida campestre. Se había casado á los veinte años, y había tenido tres hijos y perdido al poco tiempo á su mujer. Sólo León, el menor, vivía y aun era un niño cuando el conde Hubert de Bruand murió en una partida de caza. A los diez años se encontraba León huérfano y poseedor de una gran fortuna que le daba rentas suficientes para hacer vida de gran lujo hasta en

París. Su tutor era un honrado y digno pariente de su madre, muy débil y muy buen hombre, que envió al joven á París, dejándole entera libertad, pues decía que la naturaleza de León era esencialmente honrada, y que aun cuando el joven se extraviase, volvería siempre al buen camino.

En esto tenía razón el tutor. León Bruand sintió al principio esa fiebre parisién que pervierte tantos espíritus débiles y tantas conciencias vacilantes; pero pronto desapareció, sintiendo el hastío de los falsos placeres, y en lugar de querer aturdirse hundiéndose más en el torbellino de las revueltas aguas del vicio, se detuvo á la orilla, contentándose con el espectáculo que le ofrecía aquella sucia corriente. Desde entonces se hizo un parisién *dilettanti*. A los veinte años estaba cansado de hacer aquella vida; á los veintidós, de contemplarla en otros, y á los veinticinco se casaba.

Entonces León respiró, se sintió revivir y fué dichoso; pero su mujer murió al dar á luz á los dos años de matrimonio, dejando á León trastornado ante aquella imprevisita é inmensa desgracia, ante aquella fosa repentinamente abierta á sus pies. Al encontrarse en medio de una soledad que le era tan grata cuando la compartía con *ella* (la soledad de dos es el mundo entero encerrado

en un edén de algunos pasos), se turbó, tuvo miedo y empezó á viajar, queriendo olvidar y acordándose siempre. Había amado mucho á su mujer, considerando su vida asegurada y ligada para siempre á la suya..... y ahora, ahora tendría que formase una vida nueva; ¡una vida! aun podría formársela; ¡pero una felicidad!

Para consolarse le quedaba á León una niña. ¡La niña que había costado la vida á su madre! La entregó á una nodriza, no queriendo verla y pareciendo odiarla y compadecerla á un tiempo, pues decía: «¡Pobre niña, que crecerá sin madre!»

Un día le anunciaron que la niña había muerto. Al principio quedó como anonadado; pero luego cayó sobre una butaca y le oyeron llorar y decir:

—¡Qué solo estoy!

Después, súbitamente volvió á aparecer en el círculo de sus antiguas amistades. Allí le aclamaron «¡León, León Bruand!» Al principio se con dolieron del dolor que León disimulaba mal; pero después, las anécdotas del día, las últimas noticias, todas esas historietas parisienses que son la vida, la preocupación y como el alma de ese mundo en que León volvía á posar su pie, hicieron que al poco tiempo no se ocuparan ya de él. Aquel movimiento eléctrico que reinaba á su alrededor

era el único capaz de hacerle olvidar el pasado.

Por primera vez en su vida trató León de aturdirse. Jugó, tuvo los mejores caballos y las queridas más de moda. Todos le envidiaron, le adularon y trataron de imitarle.

Pero un conocedor del corazón humano hubiese podido ver la amargura, el cansancio y el desprecio ocultos bajo aquella simpática envoltura. León estaba triste; hacía aquella vida de aturdimiento porque era la más fácil y la que pasaba más de prisa.

—Soy curioso—decía á veces Bruand;—quitadme la curiosidad, y no me quedaría pretexto para vivir.

Esta curiosidad se gastaba todos los días; pero aun quedaba bastante para que León se fuese sosteniendo. Iba éste á cumplir veintiocho años, pero su corazón tenía sesenta. Razonaba como un viejo, diciendo á veces: *En mi tiempo.....* Aquel tiempo databa de cinco años atrás; pero entre estas dos épocas tan cercanas existía para él una tumba, un mundo.....

Al ver á Antonia, León de Bruand se sintió de repente, no conquistado, porque no podía serlo, sino atraído, *curioso*, como él decía, ante aquella flor que aun conservaba cierto aroma silvestre que

la hacía aun más preciosa al encontrarse en una estufa de París.

Antonia le parecía digna de una mirada. La analizó y se prometió conocer el secreto de aquella preciosa muchacha de dientes blancos y de ojos negros llenos de misterio.

—Secreto banal; al fin y al cabo (pensaba León), ¿qué me importa?

El sábado siguiente había baile de máscaras en la Ópera. Todos los alrededores del teatro estaban resplandecientes de luz. En las tabernas y cafés de las cercanías, algunos pobres muchachos traidos de frío, toscamente disfrazados, tomaban aguardiente, esperando á la primera comparsa.

Sonaron las once. Los boulevards iban llenándose de gente. Á través de la compacta multitud circulaban las máscaras, dando codazos á derecha é izquierda y arrastrando á alguna pobre muchacha que con las espaldas desnudas y el vestido corto iba temblando de frío. Por todas partes no se oían más que gritos, bromas, canciones é insultos. La sala estaba llena, presentando multitud de colores: el blanco, el amarillo, el rojo, el azul; la imitación del arco iris. Por las escaleras circulaban oleadas de seda, encajes, plumas, dominós, fracs y condecoraciones; hombres y muje-

res que subían y bajaban tropezándose, dirigiéndose ojeadas y diciéndose tonterías.

—Vamos al *foyer*—dijo León de Bruand á su amigo Gontran de Rives.

León atravesó el gran pasillo en que están los aficionados, los periodistas y los elegantes, pasando revista de ojos y manos á cuantos dominós y máscaras femeninas vió al paso.

Los dos amigos entraron en el *foyer*, donde se escuchaban bromas entre el ruido, el polvo, el gas y el calor, el perfume del ponche y los succulentos olores de la cocina.

De repente un dominó blanco fué á apoyarse en el brazo de León Bruand.

Todas las máscaras que llevan dominó se parecen; los mismos ojos brillantes detrás de la careta de terciopelo; la sonrisa que se clarea bajo el encaje negro; las manos que se apoyan en nuestro brazo como dos pequeños problemas; la voz disimulada bajo el adornado capuchón y las ondulaciones del cuerpo ocultas entre los pliegues de aquel largo ropaje.

Pero Antonieta tenía interés en dejarse reconocer. Desde la noche de Navidad la habían hablado mucho del Conde y de su carácter, y quería oírle quistarle á todo trance.

—¿Estáis menos triste ahora?—le dijo.

—¿Lo he estado alguna vez?—replicó León.

—Sí. La otra noche estabais con *spleen*.

—¡Terrible palabra! sólo en una boca bonita se oye con gusto.

—¡La mía es horrible!

—Ahora está mintiendo.

—¿Por qué decís que está mintiendo, si no me conocéis?

—¿Lo creéis así?

—Decid sino cuál es mi nombre.

—Uno muy bonito que os sienta muy bien.

—¿Estáis viendo como no lo sabéis?

—Para probaros lo contrario, esta noche os lo diré á los postres en la *Maison-d'Or*. ¿Queréis?

—Sí—dijo Antonia.

Cuando puso el pie en la *Maison-d'Or*, donde aun no había estado, entró como una reina en su palacio. Subió con la cabeza alta, imperativa, insolente, encantadora. Estaba hermosísima; su tez, ordinariamente pálida, animada aquella noche por un suave carmín, estaba deslumbradora; sus ojos despedían fuego, y sus blanquísimos dientes parecían dispuestos á devorar.

León Bruand hizo con ella lo que se hace con los tigres jóvenes. Le tendió día por día precisa-

mente lo que quería que devorase; no su corazón, sino la punta de sus dedos, luego su mano, y después su brazo.

Desde entonces Antonia se puso de moda. Felicitaron á León por su descubrimiento y arrojaron hermosos ramos á la joven cuando cantaba algunos *couplets*. El Conde la amuebló un entre-suelo en la calle de *Taibout*.

Antonia dió reuniones, recibió cartas de amor y versos. La citaron en algunos artículos de los periódicos, hablando de un tal Valaque que había querido suicidarse por ella.

En el teatro la buscaban; en las carreras separaban los gemelos del caballo á la moda para fijarlos en ella. Los fotógrafos la rogaron que subiese á su casa al pasar, para tener el honor de hacer su retrato, que los estudiantes compraron para contemplarle por la noche al acostarse, ó mientras estudiaban, dentro de su pupitre disimuladamente entreabierto. En fin, hasta publicaron su biografía los periódicos de teatros.

El padre Labarbade volvió á su casa una noche después de haber estado en *Fontainebleau*, con los ojos enrojecidos por el llanto.

—¿Qué tienes?—le preguntó su mujer.

—¡Nada!

El pobre hombre cogió á su hijo, que tenía ya siete años, y sentándole sobre sus rodillas, le dijo dulcemente:

—¿Verdad que tú serás bueno cuando seas mayor?

—¡Ya lo soy ahora!—dijo el chico haciendo una mueca y desprendiéndose de las brazos de su padre.

Y corrió á refugiarse bajo la égida de la señora Labarbade, mirando *al viejo* con las cejas fruncidas y diciendo:

—¿Verdad, mamá, que soy bueno?

—Eres un ángel—dijo la madre.

—Ya lo creo, y sin embargo, papá me está gruñendo siempre..... ¡Oh, te quiero á tí mucho más que á él!

Labarbade se levantó bruscamente, sacó de su bolsillo una fotografía que representaba una joven medio desnuda con una varita mágica en la mano. Era un retrato de Antonieta, que había comprado Labarbade á un vendedor de *Fontaine-bleau*. El pobre hombre le hizo pedazos, le arrojó al suelo y le pisoteó con rabia.

Entretanto la señora de Labarbade estaba delante del fogón haciendo á su hijo una golosina, que el chico miraba con ojos ávidos, entonando

una canción por entonces muy en boga en Samoreau. . . . .

León de Bruand estaba decidido en sus relaciones con Antonieta á no poner nada de lo que era verdaderamente suyo. Dedicaba generosamente á la joven su fantasía, su talento y su gracia; pero contaba con avaricia, por decirlo así, todas las noches las moléculas de su ser. Esta clase de relaciones duran más ó menos, y todas se parecen. Al nacer, llevan en sí mismas el germen de su extinción. León se hubiese creído culpable con su pasado, con sus recuerdos y su conciencia, dando á lo que sólo era una distracción, la importancia de un amor verdadero.

Antonia le encontraba encantador, imponente, con aquel aire desdeñoso que suele dominar las almas mezquinas y que le era peculiar. Estaba orgulloso; ¡León era conde! Cuando la escribía, se deleitaba mirando las armas del papel, y en el teatro procuraba humillar á sus compañeras pronunciando con familiaridad el nombre del Conde de Bruand.

Una noche el Conde hablaba de Antonia con su amigo Gontrán de Rives.

Á fe mía—decía éste—que tu aventura dura

mucho tiempo. Parece que se trata de una pasión.

—No—dijo León.

—¿De un capricho?.....

—Menos aún. Nunca he amado á Antonieta, si la definición del verbo *amar* es exacta. Sólo me ha seducido y despertado mi interés. Mi defecto dominante, la curiosidad, ha hablado en mí, y he querido saber dónde iría esa joven y de dónde venía. Esta distracción puede aún durar mucho tiempo, porque mi *dilettantismo* no se ha hastiado. Antonia sigue interesándome, pues hasta ahora, como diría un pintor, no se ha *bosquejado*, y si tuviese que hacerte su retrato, vacilaría. ¿Buena? no lo es; tiene demasiados vicios. ¿Mala? es incapaz de serlo, porque tendría que desplegar una energía de que carece. Es como todas sus compañeras; perezosa y vulgar, con facciones de madona de Vinci; y el encanto de un tipo creado por *Shakespeare*. No es la primera vez que en nuestra vida parisién encontramos esos tipos.

Antonia permanecía en ese estado de beatitud perfecta que sigue al triunfo. No ambicionaba nada, gozando de su éxito y de su lujo. Se la veía en todas partes, luciendo sus magníficos trajes y su alegría. Cuando no representaba, recorría dos ó tres teatros cada noche, exhibiéndose en un sitio,

volviendo al coche, yendo á otro, haciendo crujir su vestido al entrar en el palco, donde reía á carcajadas para hacerse notar y atraer todos los anteojos, tomando posturas estudiadas ante un espejo y sonriendo sin cesar para enseñar sus preciosísimos dientes. La gustaba ir después á cenar á un restaurant, escandalizando, manchando sus vestidos y riendo sin motivo. Nunca llegaba á tiempo á sus ensayos, é inventaba todos los días excéntricas *toilettes* para humillar á sus rivales. Parecía adorar á León que la proporcionaba todos aquellos triunfos. La verdad es que en el fondo se sentía algo *sujeta*, como ella decía, pues el joven pasaba algunas veces días enteros en su casa, haciéndola hablar, interrogándola y aburriéndola.

—¡Ah, qué caprichoso sois! ¿Qué os importa que haya estado aquí ó allá cuando tenía diez y seis años?

—¡Oh, nada!—respondía León.

Entonces la joven pensaba en las bromas de sus camaradas, en las partidas de placer de los actores que conocía, en los almuerzós *sui generis*, en la alegría desbordada y en la vida bohemia que la enloquecía.

León la veía quedarse de pronto pensativa, y se

regocijaba, pues el espectáculo amenazaba ser curioso.

Una mañana, á la hora de levantarse, el criado del señor Bruand anunció que el señor Celestino Fargeau deseaba hablar á su amo.

—¡Fargeau! —dijo León; —¡que entre al momento!

Era su antiguo preceptor del castillo de Bruand, un infeliz llevado por el Conde de Bruand, padre, de París á Bruand; un profesor capaz de adorar á su discípulo, como había hecho con León, pero incapaz de atenerse á un régimen de instrucción. El pobrecillo vivía en París de la casualidad, á la manera del lazarillo de Tormes.

Fargeau entró como una bomba en el cuarto de León, que estaba en traje de mañana fumándose un cigarro. Había dejado en la antecámara su apabullado sombrero, y su aspecto pobre contrastaba con la elegancia del Conde.

Celestino Fargeau tenía cincuenta años, y algunos hilos blancos brillaban en su negra barba y en su cabeza, cuyos cabellos iban clareando. Tenía la tez pálida de los que viven por la noche, y las profundas arrugas de los que han sufrido.

Su fisonomía se iluminó al apereibir al Conde de Bruand.

—¡Pardiez, no habéis variado nada! ¡Quién pudiera decir otro tanto!

Y añadió después de haber estrechado la mano que León le tendía:

—Vengo á pedir os un favor, no para mí, á Dios gracias, sino para una pobre mujer.....

—Estoy á vuestras órdenes, mi querido Fargeau.

—He aquí el favor que deseo pedir os. Vivo en Batignolles, en una casa de obreros donde habita también una pobre mujer muy buena que se ha arrojado ayer por la ventana..... A decir verdad, se ha caído, pues se tiró huyendo del que la perseguía. En una palabra, está muy enferma; se ha roto una costilla, la tibia y el peroné..... Se encuentra moribunda y sin un cuarto..... ¿Comprendéis?.....

—Gracias por haberos acordado de mí, mi querido maestro —dijo León de Bruand dirigiéndose á su secreter.

Tomó de él cinco billetes de cien francos y se los entregó á Fargeau, que se puso á doblarlos con precaución, como hombre que no está acostumbrado á manejar semejantes papelotes.

—Y cuando vuestra protegida tenga necesidad de más socorros..... —añadió León.

Fargeau le interrumpió.

—Tenemos bastante por ahora—dijo.—Al principio tuve intención de hacer una colecta en el barrio; pero el hermano de la mujer, un buen chico que ha llevado al momento todas sus economías, me dijo que no conseguiríamos nada. Entonces pensé en vos, y á fe mía que estoy contento de haberos vuelto á ver.

Como si hubiese estado esperando para entrar, á que Fargeau hubiese acabado de hablar, se presentó Antonieta al terminar éste, arrastrando la larga cola de su vestido guarnecido de encajes.

Fargeau se levantó y saludó á la joven, que le miró con aire entre asombrado y desdeñoso.

—Mi amigo Celestino Fargeau—dijo el Conde.  
—La señorita Antonia—añadió designando á la joven.

—La he aplaudido más de una vez—murmuró Celestino.

Antonia saludó.

—Vaya—dijo entonces Fargeau dirigiéndose á la puerta—os dejo, mi querido León, repitiendo las gracias en nombre de nuestra protegida.

—¿Qué protegida?—exclamó Antonia.

—Una pobre mujer que se ha caído de un tercer piso y está medio muerta á estas horas.

—¡Ay Dios mío!—dijo la joven. ¡Pobrecilla! ¿Y será pobre?

—Muy pobre—respondió Fargeau.

—¡Se habrá fracturado algún hueso!

—Está gravemente herida; pero como la cirugía es una ciencia tan adelantada, quizá....

—¡Ah, pobre mujer! ¿La conocéis, León?—preguntó Antonia.

—No.

—Pues bien, yo quisiera conocerla; porque lo que habéis dicho me ha conmovido. Conducidme á su casa, caballero. ¿Queréis venir con nosotros, León?

—Bueno—dijo el Conde.

Y dió orden de enganchar.

Fargeau subió al coche y se sentó al lado de Antonia y frente á Bruand.

Por fin llegaron á la casa. Antonia subió la primera. La escalera era sucia y húmeda, y la joven recordaba la que subía en otro tiempo en la calle del *Mainne*. Cuando llegaron al tercer piso, se detuvieron.

—Es aquí, ¿verdad?

—Sí—dijo Fargeau.



—Antonia viene aquí como iría al teatro— pensó Bruand—á caza de emociones.

La llave estaba puesta y Fargeau abrió la puerta. Atravesaron un estrecho pasillo y entraron en un cuartito con una cama, donde Antonia apercibió á una mujer cuya frente estaba rodeada de una venda.

La enferma fijaba en la joven sus grandes ojos extraviados, y á medida que Antonia avanzaba parecía más asombrada y más inquieta. De repente lanzó un grito de admiración, al que Antonia respondió pronunciando un nombre y retrocediendo roja como una cereza.

—¡Victoria!

En efecto, era Victoria Herbaut, cuyo rostro estaba lívido y desfigurado. Antonia la miró con el corazón oprimido por la angustia. En aquella mirada había más terror que piedad.

—¡Oh, pobre Victoria!—dijo la joven.

—Sí.....—articuló débilmente la enferma;—haces bien en compadecermé..... Todo ha acabado para mí..... ya os figuraréis que mi marido tiene la culpa. Me mudé de donde vivía, huyendo de él, porque, como sabéis, solía ir á dar escándalo. Creí que no le sería tan fácil averiguar las señas de mi nuevo domicilio; pero ¡ay! me equivoqué;

no ha tardado en saberlas, y ha venido borracho como siempre, mi querida Antonieta, como siempre.....

Antonia se había estremecido al oír pronunciar el nombre de Antonieta, que no era el suyo é hizo á la señora de Herbaut una seña para que se callase.

—No, no—dijo Victoria— quiero contároslo todo; pero sentaos, señores—añadió volviendo sus grandes ojos hacia Fargeau y el Conde.

Y dirigiéndose hacia una anciana vecina suya que la estaba haciendo compañía, le dijo:

—Señora Grenolar, acercad sillas..... Como os iba diciendo, ha venido, me ha pegado y ha vuelto á marcharse varias veces; pero la otra noche llegó más embriagado que nunca y me pidió dinero..... Yo no tenía, y me amenazó con un aire tan feroz y unos ojos tan extraviados, que tuve miedo..... Abrí la ventana para pedir socorro, y al ver que venía hacia mí con una silla levantada, me incliné demasiado y me caí..... ¡Ah, ya véis en qué estado estoy!—dijo moviendo sus manos con desconsuelo la pobre mujer.

—¡Señora Herbaut!—exclamó la vecina;—ya sabéis que el médico ha recomendado una completa inmovilidad.

—Es verdad..... pero me parece inútil..... Conozco que no hay esperanza para mí. ¡Pobre José!

—¡José!—dijo Antonia tratando de sonreír.

—Sí—continuó Victoria;—el pobre fué á buscar á Herbaut á una taberna donde se escondía, y le llevó á casa del comisario de policía; pero antes Herbaut le dió una puñalada en un brazo. Dicen que no será nada. ¡Dios lo quiera!

—Pero no habléis—dijo Antonia interrumpiéndola bruscamente;—os está prohibido.

—¡Prohibición inútil! Me muero, lo sé, y estoy casi contenta. Sólo os pido una cosa: que me juréis que habéis de ir á mi entierro..... Tengo una idea. ¡Oh! os juro que aun en estos momentos me es muy agradable, mi querida Antonieta.

Antonieta no estaba tranquila. Miraba á León, temiendo que hubiese adivinado algo al oír el nombre de José; pero León hablaba con su amigo Fargeau y parecía no ocuparse de nada.

Antonia no había vuelto aún del asombro que la había causado aquel encuentro, ó más bien aquel choque con Victoria Herbaut. En cuanto á Victoria, no extrañaba aquella rara casualidad, porque no se daba cuenta con claridad de lo que pasaba á su alrededor. Una sola idea parecía dominar en

ella, y ya iba á hablar, cuando Antonia se inclinó bruscamente hacia su oído y le dijo en voz baja:

—No digáis nada, señora Herbaut. Mi *esposo* está ahí.

—¡Ah! ¡os habéis casado! —dijo Victoria con doloroso asombro.

Y añadió un momento después, también en voz baja:

—Ciertamente, José no os hubiera hecho tan rica.

En aquel momento se oyó la llave de la puerta de entrada.

—¡Es José!—dijo la señora de Herbaut.

Antonia se puso pálida. León se levantó y miró á la puerta que se abría, dando paso á José, que entró con el brazo izquierdo en cabestrillo y se detuvo, algo cortado al ver tanta gente. Cuando apercibió á Antonieta, se puso muy colorado y retrocedió ligeramente: después la saludó, sin decir una palabra, quitándose su gorrilla. Saludó también al Conde y tendió la mano á Fargeau.

—Amigo mío—le dijo Celestino al oído—traigo dinero. ¡Estáis salvados!

—¿Dinero? ¿y es quizá de la *señora*?

—No—dijo León que lo había oído todo.—Es mío y os le presto. Me le devolveréis cuando podáis.

José había tomado los billetes de Banco y no sabía qué hacer ni qué decir.

—Aquí tenéis mi tarjeta — dijo el Conde.— Cuando vuestra hermana esté curada y vos podáis trabajar, os permito que penséis en vuestro acreedor.

El joven estaba horriblemente pálido, no atreviéndose á tomar ni á rehusar aquel dinero.

—Es que no sabéis.....—murmuró.

Fargeau cogió su mano derecha y le dijo al oído:

—No creáis que ese dinero proviene de *ella*.

León había ya salido, y esperaba en el tramo de la escalera. Antonia se inclinó de nuevo sobre Victoria.

—Volveré—dijo.

—¡Oh, sí!—balbuceó la moribunda.

Y su voz temblaba.

Antonia no había mirado á José; pero de pronto recobró toda su sangre fría, se fué derecha á él y le dijo tendiéndole la mano:

—¡Hagamos las paces!

—¡Las paces!—respondió José.—¿Acaso estábamos en guerra?..... ¡Pues si hace quince días que fuí á presenciar vuestros triunfos al teatro!

—Entonces, dadme vuestra mano.

—Aquí la tenéis.

—Ve á verme — le dijo la joven en voz baja.

—Vivís muy lejos—respondió José en tono natural.

—Celestino Fargeau ofreció su brazo á Antonia para bajar la escalera.

Al llegar á la puerta, dijo León al oído de su amigo:

—Arriba se ha representado una comedia..... ¿Os habéis apercebido de ello, Fargeau?..... ¿Qué os parece? Por mi parte encuentro horrible esa mezcla de sangre y de polvos de arroz.

—¡La antítesis!—dijo Celestino.

Antonia y León subieron al coche.

Fargeau sacó de su bolsillo una pipa de espuma de mar, usada y ennegrecida, y se puso á fumar con delicia mientras llegaba á París, como él decía. Llegó á la calle de *Racine* ante un cafetucho cuya puerta abrió bruscamente. Al ver á la señorita del mostrador, eternamente sentada en el mismo sitio, la dirigió una sonrisa, y llevando maquinalmente la mano á su sombrero, fué á sentarse en un rincón. El mozo le trajo en seguida una botella de cerveza y los periódicos, sin preguntarle lo que deseaba.

—¿Ha venido Terral?—preguntó Celestino.

—Todavía no.

—Cuando venga, traednos el tablero de ajedrez.

Desdobló uno de los periódicos y le recorrió rápidamente; tomó un segundo é hizo lo mismo, deteniéndose solamente para tomar un sorbo de cerveza ó mirar la columna de humo que se desprendía de su pipa.

Hacía veinte años que se había abierto el *Café Athalie*, y Fargeau había desperdiciado muchas horas en aquella misma mesa, hablando, jugando, desarrollando sus ideas siempre extrañas, y dejando que el tiempo pasara por hombres y cosas, sin darse cuenta de que la edad venía y de que de año en año los auditores no eran los mismos.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
CALLE 1625 MONTERREY, MEXICO

## IV.

Celestino Fargeau era un ser raro, incomprensible; un bohemio que vivía de la casualidad en esa civilización que se hace cada día más hipócrita á medida que se descompone más. Había hecho todo lo que hay que hacer en este mundo, á excepción de una maldad. Nació pobre, había vivido pobre, y estaba resignado á morir lo mismo. Fué educado por un tío suyo bastante rico,

que debía dejarle por heredero; pero una aventurera se mezcló en el asunto, y el tío no pudo legar á su sobrino una fortuna que ya no tenía. Celestino se consoló muy pronto, pues no era interesado, y entró en la Escuela Normal, donde estudió y se hizo profesor, siendo destinado á provincias á terminar sus estudios.

Pero Celestino era un espíritu ávido de espacio, desordenado, sistemático, y al cabo de un año hizo dimisión. Un honrado anciano que vivía en *Pont-l'Évêque* le escogió para el preceptor de su hijo. Fargeau se paseaba por las tranquilas calles del pueblecillo, descifrando en las paredes de la iglesia las inscripciones de tiempo de Robespierre. Pasaba su vida bostezando desde por la mañana hasta por la noche, y cuando tenía algunas horas libres, iba á sentarse bajo los manzanos, fumando en su pipa y mirando extenderse á lo lejos el hermoso valle de *Auge*. Aquella existencia de provincia le ahogaba; pero había nacido perezoso, y la inactividad le retenía allí á su pesar.

Sin embargo, volvió á París y trató de buscar ocupación, luchando con valor y haciendo callar por mucho tiempo su necesidad de reposo: intentó dedicarse á ocupaciones diferentes; pero no tuvo éxito en ninguna de ellas, por lo cual se retiró á